

quieres, pues, llegar á grandes cosas, comienza por reunir riquezas y bienes, y acumular tesoros, lo cual no te será difícil si mis consejos sigues. Las riquezas son mías; en mi mano está la fortuna; aquellos á quienes favorezco, prosperan y se enriquecen muy pronto; mientras que la virtud, el valor y la sabiduría quedan sumidos en la indigencia.»

A cuyas palabras contestó Jesús sin impacientarse: «Sin embargo, la riqueza, sin estas tres virtudes, es impotente para alcanzar el predominio, ó conservarle cuando se adquiere. Testigos de ello son aquellos antiguos imperios de la tierra, que se aniquilaron en el apogeo de su prosperidad, al paso que los hombres dotados de esas virtudes, aun sumidos en la mayor pobreza, se distinguieron á menudo por los más grandiosos hechos. Tales fueron Gedeón, Jefté, y aquel jóven pastor, cuya raza ocupó tantos siglos el trono de Judea, y que debe subir á él de nuevo para reinar sin fin en Israel. Entre los paganos (pues no ignoro los hechos dignos de memoria que se han llevado á cabo en el mundo), ¿no te acuerdas de Quinto Fabricio, de Curcio y de Régulo? Yo estimo los nombres de esos varones que á pesar de su pobreza, pudieron hacer grandes cosas y despreciar las riquezas, aun siendo estas ofrecidas por mano de los reyes. ¿Y por qué he de ser incapaz, á despecho de mi indigencia, de llevar á cabo lo que ellos han hecho, y acaso más? No ensalces, pues, las riquezas, objeto del afán de los necios, embarazosas para el sábio, cuando no un lazo más propio para debilitar la virtud y aniquilar su energía, que para impelerla á hacer lo que merece aprecio. ¿Qué mucho si rechazo las riquezas y los reinos con semejante aversión? No porque una corona, que aunque resplandeciente de oro sólo es tejido de espinas, no lleve consigo peligros, tribulaciones, cuidados y noches de insomnio para el que ostenta la diadema real, cuando sobre sus hombros carga el peso de todos, pues tal es el deber de un rey; su honor, su virtud, su mérito y principal gloria consisten en llevar ese peso para bien del pueblo. No obstante, el que reina en sí mismo, el que gobierna los deseos, los temores y las pasiones, es aún más rey; esto es lo que alcanza todo hombre sábio y virtuoso; y el que no lo consigue, mal hace en aspirar á regir las ciudades de los hombres ó de las multitudes turbulentas, mientras reina la anarquía en su corazón ó alimenta mezquinas pasiones que le esclavizan. Conducir á las naciones por la recta senda con saludables doctrinas, llevarlas del error á la verdad, é inducir las á rendir á Dios un culto noble y puro, es todavía más digno de un rey. Hé aquí lo que eleva el alma, lo que gobierna al hombre interiormente, esto es, en la más noble parte de nosotros mismos. Ese otro poder que sólo sobre el cuerpo domina, y por la fuerza á menudo, no puede servir de verdadera satisfacción al hombre generoso que así reina. Además, siempre se consideró como acción más noble y gloriosa dar un reino que usurparlo, y como mucho más magnánimo renunciar á una corona que aceptarla. Las riquezas son, pues, supérfluas, tanto por sí mismas como para el objeto que, según pretendes, deben buscarse, para adquirir un cetro, que con frecuencia vale más rehusar.»

(1) Nobles romanos que adquirieron una justa celebridad por haber sacrificado voluntariamente su vida en pró de su patria.

LIBRO TERCERO

ARGUMENTO

Pronunciando un discurso por demás lisonjero y encomiástico, Satan procura despertar en Jesús la ambición de gloria; al efecto cita algunos ejemplos de conquistas realizadas, y de actos heroicos llevados á cabo por varios hombres en un remoto período. Nuestro Señor contesta demostrando la vanidad de la gloria mundana, y los impropios medios con que se alcanza generalmente, poniéndola en parangón con la que se adquiere por la resignación religiosa y la virtuosa sabiduría, personificadas en Job. Satan justifica el amor á la gloria por el ejemplo de Dios mismo, que la requiere de todas sus criaturas. Jesús patentiza la falacia de este argumento, probando que, como la bondad es el verdadero terreno donde se alcanza la gloria para el gran Criador de todas las cosas, los hombres pecadores no tienen de ningún modo derecho á ella. Satan excita entónces á nuestro Señor á reclamar su derecho al trono de David; dicele que siendo el reino de Judea en aquella época una provincia romana, no podría apoderarse de él sin grandes esfuerzos por su parte; y le insta á que se apresure á reinar. Jesús le contesta, que así ésta como todas las cosas, debe realizarse á su tiempo debido; y despues de indicar algo acerca de sus propios padecimientos, pregunta á Satan por qué se muestra tan solícito por el encumbramiento de aquel cuya elevación tiene por objeto la derrota de su enemigo. Satan replica, que como su situación es tan desesperada, poco puede ya temer; y que debiendo ser igualmente castigado por su falta, preferia reinase Aquél de cuya aparente benevolencia podía esperar más bien alguna intervencion en su favor. El Enemigo prosigue con sus primeras instigaciones; y suponiendo que la marcada repugnancia de Jesús á engrandecerse podría ser debida á no conocer el mundo ni sus glorias, condúcele á la cima de una alta montaña. Desde allí le muestra la mayor parte de los reinos del Asia, llamando particularmente su atención sobre ciertos extraordinarios preparativos guerreros de los Partos para resistirse á las incursiones de los Escitas. Manifiesta despues á nuestro Señor, que le enseña aquello expresamente á fin de que pueda ver cuán necesario es el empleo de las armas para conservar los reinos, así como para someterlos en su origen; aconséjale considere cuán imposible era defender á Judea contra dos vecinos tan poderosos como los Romanos y los Partos, y cuán necesario seria aliarse con uno ú otro de ellos. Al propio tiempo le recomienda la alianza de los segundos, comprometiéndose á proporcionársela; asegúrale que por este medio podrá defender su poderío de todo cuanto intentáren contra él Roma ó César; que le es dado extender su gloria por dó quiera, y especialmente realizar lo que era necesario sobre todo para que el trono de Judea fuese en realidad el de David, es decir, libertar y restablecer las diez tribus, que aun estaban cautivas. Jesús despues de hacer algunas ligeras observaciones acerca de la vanidad de los aparatos guerreros y de la debilidad del brazo humano, añade, que cuando llegue la hora de ocupar el trono que le está destinado, no vacilará un momento. Admirase luego del extraordinario interés que manifiesta Satan por la libertad de los Israelitas, de quienes habia sido siempre al parecer enemigo, y declara que su esclavitud es la consecuencia de su idolatría; pero que en una época futura podría ser del agrado de Dios volver á llamarlos y restituirles su independencia y país natal.

Así habló el Hijo de Dios. y Satan enmudeció algunos instantes sin saber qué decir ni replicar, confuso y convencido de la debilidad de sus argumentos y de la falacia de su discurso; pero al fin, apelando á todas sus astucias de serpiente, contestó con estas aduladoras palabras:

«Ya veo que sabes cuanto se debe saber, que dices lo que mejor puedes decir, que haces lo que mejor puedes hacer. Tus actos concuerdan con tus palabras, y estas expresan los levantados sentimientos de tu noble corazón, imagen perfecta de la bondad, de la sabiduría,

de la justicia. Si los reyes y las naciones llegasen á consultarte, tus respuestas serian el oráculo de Urim y de Thumin, esas preciosas piedras proféticas que brillaban en el pecho de Aaron; ó infalibles como las palabras de los antiguos veedores. Y si fueras buscado para tomar parte en las empresas que exigen las leyes de la guerra, tu hábil conducta seria tal, que el mundo entero no podria imitar tus proezas ni resistirte en batalla, aunque reducido fuera el número de tus contendientes. ¿Por qué, pues, ocultas estas divinas virtudes, haciendo una vida retirada, más oscura todavía en este inmenso desierto? ¿Por qué privar al mundo todo de la admiracion que merecen tus obras, y á tí mismo del renombre y de la gloria, única recompensa que estimula á las más grandes empresas, llama de los espíritus más elevados, de esos espíritus etéreos, los más puros y tranquilos, que desprecian todos los demás placeres, que miran como fango todos los tesoros y beneficios, todos los honores y poderes, aspirando sólo á los más eminentes? Tú has llegado á la edad viril, y hasta pasas de ella; á esta edad, el hijo de Felipe el Macedonio habia conquistado ya el Asia, haciéndose dueño del trono de Ciro; el jóven Escipion habia humillado el orgullo de los cartagineses, y el jóven Pompeyo sometido al rey del Ponto, alcanzando la victoria. No obstante, los años y el juicio, madurado por ellos, no suelen extinguir la sed de gloria; al contrario se acrecienta con la edad. El gran Julio, que ahora excita la admiracion del mundo, más ardia en deseos de gloria cuanto más avanzaba en años, y lloró el haber vivido tanto tiempo oscuro é ignorado. Mas aún no es para tí demasiado tarde.»

A lo cual contestó con calma nuestro Salvador: «Todos tus argumentos no me decidirán á buscar riquezas por amor al imperio, ni á que aspire al trono por el afán de gloria. ¿Qué es esta sino el resplandor de la fama, las alabanzas de un pueblo? ¿Y son estas siempre sinceras? ¿Qué es el pueblo sino una multitud confusa, una muchedumbre revuelta, que ensalza cosas vulgares, y que, á decir verdad, apénas son dignas de elogio? Los hombres alaban y admiran lo que no conocen, y sin saber á quién, dejándose guiar unos por otros. ¿Y qué satisfaccion puede causar verse ensalzado por semejantes jueces, ser tema de sus discursos, y recibir aplauso de aquellos á quienes seria glorioso despreciar? ¿No seria singularmente feliz la suerte del que osare hacerlo así? Reducido es entre aquellos el número de los sábios é ilustrados, y muy escasos los que contribuyen á la gloria. Cuando Dios dirige sus miradas á la tierra, observando con satisfaccion al hombre justo, y le da á conocer en el cielo á todos sus ángeles, que celebran sus alabanzas con sincero aplauso, entónces es cuando aquel alcanza la verdadera gloria, la verdadera celebridad. Esto es lo que hizo con Job, cuando para propagar su fama en el cielo y la tierra te preguntó, segun puedes recordar para vergüenza tuya: «¿Has visto á mi servidor Job?» Aquel hombre, célebre en el cielo, era mucho ménos conocido en la tierra, donde la gloria es una falsa gloria, atribuida á causas poco dignas y á hombres que no merecen nombradía alguna. Engañanse aquellos que consideran como título de gloria extender á lo léjos sus conquistas, asolar vastos paises, alcanzar brillantes victorias, y tomar por asalto opulentas ciudades. ¿Qué hacen esos pretendidos héroes sino robar, devastar, saquear, incendiar, matar, y reducir á la esclavitud pacificas naciones, pueblos vecinos ó lejanos, mucho más dignos de la libertad que sus conquistadores, quienes solo dejan ruinas por dó quiera que pasan, destruyendo las obras de una paz floreciente? Entónces, henchidos de orgullo, se hacen adorar como dioses; quieren que se les llame libertadores, grandes bienhechores de la

humanidad; desean que se les rinda culto en los templos, y se les ofrezcan sacrificios por sus sacerdotes! El uno es hijo de Júpiter, el otro de Marte, hasta que la Muerte, el verdadero conquistador, viene á demostrar que apenas son hombres que se han dejado embrutecer por groseros vicios, y que hallan en una muerte violenta ó vergonzosa su digna recompensa. Si algo bueno hubiese en la gloria podriase alcanzar por medios muy distintos, sin ambicion, sin guerra, sin violencia; con obras pacificas, una eminente sabiduria, paciencia y templanza. Haré otra vez mencion de aquel hombre que sufriendo resignadamente los males con que le agobiáste, se hizo célebre en un país muy lejano y en época muy remota. ¿Quién pronuncia hoy el nombre de Job sin elogiarle? Y al pobre Sócrates, ¿quién podria disputarle despues el primer lugar en la memoria de los hombres? Por su enseñanza, y por lo que sufrió para propagarla, arrostrando una muerte injusta para que prevaleciese la verdad, alcanzó una nombradía que iguala hoy á la de los más orgullosos conquistadores. Sin embargo, si es preciso hacer alguna cosa para alcanzar fama y gloria, necesario es tambien sufrir: si para obtener alguna celebridad libró el jóven africano del feróz cartaginés á su devastado país, su hazaña no fué ensalzada, ó por lo ménos, no gozó él de gran crédito, ni recibió por toda recompensa más que alabanzas. ¿Buscaria yo la gloria como la buscan los hombres vanos, sin merecerla muchas veces? No busco yo la mia, sino la de Aquel que me ha enviado, y por aquí demuestro de donde vengo.»

A lo cual repuso el tentador murmurando: «No hagas tan poco aprecio de la gloria, que entónces te parecerias poco á tu glorioso Padre, pues él tambien la busca, y para su gloria ha hecho todas las cosas, y ordena y gobierna el universo. No contento con ser glorificado en el cielo por todos sus ángeles, quiere serlo tambien por los hombres, por todos los hombres, buenos ó malos, sábios ó ignorantes, sin diferencias, sin excepcion. Además de todos los sacrificios, de todas las ofrendas, gloria necesita y gloria recibe indistintamente de todas las naciones, de los hebreos, de los griegos ó de los bárbaros, sin admitir excusa alguna. A nosotros mismos, que somos sus enemigos declarados, nos exige que le glorifiquemos.»

«Y no sin razon, replicó Jesús con fervor, puesto que su palabra creó todas las cosas, no principalmente para su gloria como primer objeto, sino para manifestar su bondad y hacer partícipes á todas las almas de la felicidad de que son susceptibles. ¿No es lo ménos que puede esperar de sus criaturas la gloria y la bendicion, es decir, el más ligero agradecimiento, la más fácil y natural de las recompensas, de parte de aquellos seres que nada pueden ofrecerle en cambio, y que no haciéndolo, sólo le pagarian probablemente con el desprecio, la rebelion y la maledicencia? ¡Cruel recompensa, extraño reconocimiento por tanto bien, por tan gran beneficio! Pero ¿por qué el hombre habria de buscar la gloria, cuando nada tiene suyo, cuando nada debe esperar sino condena, ignominia y baldon; cuando despues de haber sido colmado de tantos beneficios, corresponde sólo con la infidelidad, la ingratitud y la falsía, privándose á si mismo de todo verdadero bien? Y como si esto no bastase, reivindica para sí, por un sacrilegio, lo que no pertenece en justicia sino á Dios solo; pero tal es la bondad, tal la misericordia divina, que si alguno intenta alcanzar mayor gloria para el Eterno, le hace obtener entónces la gloria verdadera.»

Así habló el Hijo de Dios, y de nuevo Satan permaneció sin hallar contestacion: reconociase